

Tableta electrónica y mesa familiar*

Loda sea la sencilla mesa de madera clara,
el vino salvaje con su vestido manchado de sol,
los juegos luminosos del mar en el techo
y en su rincón el filodendro siempre de guardia.

Odysseus Elytis, “Las laudes”,
en *Axion Esti*.

Parecía que el espíritu del mundo, por un instante, venía,
como un pájaro, a posarse sobre la vieja mesa.

Georges Haldas, *Légende des repas*.

Tú preparas ante mí una mesa
frente a mis adversarios.

Salmo 22, 5.

* Este texto renoma algunas partes de mi curso sobre “Filosofía de la Técnica” impartido en el Instituto Philanthropos, así como las ideas que suscitó en mí la lectura de los trabajos de los estudiantes de su décima promoción sobre el tema que yo les había propuesto a finales de mayo de 2014: “¿La tableta táctil es superior a la mesa del comedor?”. [Nótese que el término francés para “mesa” es *table*, de modo que el autor opoñta, con su propuesta, la *tablette* (“tableta”) electrónica y la *table* (“mesa”) de la familia. Véase, a este respecto la nota “r” de la página 18. *N. del Tr.*]

Me gustaría hacer un poco de publicidad comparativa, pero publicidad pura, sin referirme a ninguna marca ni argumentar para vender. Me gustaría comparar los méritos de la tableta electrónica y de la mesa familiar. Puede que parezca extraño: en este tipo de publicidad (todavía prohibida en Francia), se comparan dos artículos del mismo tipo, por ejemplo, el nuevo monovolumen de Renault con el nuevo monovolumen de Toyota. Pero ¿qué clase de homogeneidad o de dependencia de una misma categoría hay entre un *iPad* [tablette] y una mesa [table] de madera para que se pueda efectuar una verdadera comparación? Es tanto como establecer un paralelismo entre un ratón y un ratón (el roedor y el periférico de un ordenador). ¿Acaso he sucumbido a un vínculo nominal que no existe en inglés [ni en español], pero que, en francés, me hace pensar en la tableta como en una mesita? A pesar de todo, aun cuando las más célebres de las tabletas lleven como insignia una manzana mordida y, por lo tanto, el signo de una actividad manducatoria como la que se da en el transcurso de una comida, nadie imagina en ella una mesa en miniatura, cosa que implicaría la existencia de platos digitales, tenedores digitales y ternera numérica...

¿Adición o sustitución?

Para que la publicidad comparativa no se reduzca al efecto de un simple artificio retórico, hace falta que los dos objetos en danza *compitan* realmente. Que la tableta, en nuestro caso, tenga la pretensión de reemplazar a la mesa. Ahora bien, si pretende reemplazar a algo es al PC, al ordenador portátil y también, aunque en menor medida, al teléfono móvil inteligente, conjugando las ventajas de unos y

otros en un intermediario fantástico. Ocurre con frecuencia algo parecido en nuestra relación con las nuevas tecnologías. Evaluamos su impacto refiriéndolo exclusivamente a las antiguas novedades, a los desarrollos precedentes de la *hi-tech* y nunca a nuestros viejos muebles intemporales. La tableta no acaba con la mesa, sino con el portátil. Se añade a la mesa, sin ponerla en cuestión. La relación entre ellas no es de competencia, sino que es una relación *acumulativa*. El progreso parece, por tanto, inatacable, porque se hace *por modo de adición y no por modo de sustitución*. A partir de ahora, tenemos una mesa *más* una tableta, y así no perdemos nada, sino que se incrementan nuestras capacidades. Ése es el punto de vista corriente: “Sólo tenemos que aceptar la idea de que, gracias a las tecnologías digitales, nuestras modalidades de interacción social se han visto incrementadas con nuevas posibilidades operativas, sin que ello anule o reemplace a las precedentes”.¹ Como si el tiempo de la jornada fuera infinitamente alargable y como si el tiempo pasado ante una pantalla no transcurriera sustrayendo el que podríamos pasar — o ganar — ante un rostro... Sobre todo, como si esas “nuevas posibilidades operativas” no modificaran estructuralmente nuestra relación con el mundo (convirtiéndola, precisamente, en “operativa”)... Porque la supuesta adición es, a menudo, y mucho más, una adición.

¹ Stéphane Vial, *L'ère et l'écran. Comment le numérique change la perception*, PUF, 2013, p. 222.

Convivencialidad

No hay que ser muy astuto para darse cuenta de que, de una forma u otra, hay cierta competencia entre la tableta electrónica y la mesa familiar. Basta, precisamente, con que usemos nuestra tableta para ir a la página *femina*.⁷ Podemos hojear en la pantalla el artículo titulado “¿Qué es lo que realmente engorda?”. Descubrimos que uno de los principales factores que nos hacen engordar intpestivamente no reside sólo en la multiplicación de las dietas, sino también, y lo dice en serio, en la “desaparición de la mesa familiar”. Lo cual se relaciona inmediatamente con la aparición de la tableta y de otros artilugios mediáticos menos recientes. En nuestros días, engulimos un sándwich a toda velocidad, mordisqueamos ante la pantalla y nos zampamos algo en la puerta del frigorífico para volver cuanto antes a nuestra conexión. La *fast food* corre paralela a la banda ancha.

Hay otra noción que pone de manifiesto, más radicalmente aún, esa competencia — la de “convivencialidad” (que Steve Jobs ha tomado sin duda de Iván Illich para volverla contra él con más facilidad).⁸ En la página “tablet-

re-tactile.net” hay un artículo cuya entrada en negritas dice: “El *iPad* es convivencial y se utiliza muy bien en familia. ¿Qué mejor que diez juegos para jugar juntos en un mismo terminal, de manera un poco menos asociada que ante la pantalla de un ordenador?”. Ya sabíamos que “el sistema operativo Mac es esencialmente convivencial” (no me invento nada, esta afirmación sobre la convivencialidad esencial de dicho *sistema operativo* se puede leer al pie de la letra en *apple.com*). Pero resulta que, en comparación con la tableta, esa convivencialidad es discutible: puede ser reconducida hasta llegar a la asocialidad, porque la pantalla se interpone, mientras que la tableta se posa. Estamos ante una pantalla, pero nos mantenemos por encima de una tableta puesta sobre una superficie llana, y así la espacialización del ordenador cambia totalmente. Nos podemos reunir alrededor de una tableta igual que alrededor de una mesa.

Conveniría hacer ahora un pequeño *memento* etimológico para los macarras de la marca Mac. El término *convivium* designa originalmente el banquete o, más simplemente, la comida. Por lo tanto, el fundamento de la convivencialidad o convivialidad que reivindica la tableta es la mesa del comedor, la mesa familiar o la mesa del festín. ¿Quiere eso decir que la realiza esencialmente? En todo

⁷ Iván Illich (1926-2002) fue un pensador austriaco de ascendencia judía. Estudió medicina y cristalografía en Florencia. Más tarde se doctoró en filosofía y teología en la Universidad Gregoriana y fue ordenado sacerdote en 1946. Trabajó como coadjutor en una parroquia de Nueva York y fue también Vicerrector de la Universidad Católica de Puerto Rico. En 1960 se secularizó. Sus últimos años los pasó enseñando en universidades norteamericanas, mejicanas y alemanas. Se le suele considerar como filósofo anarquista y se dio a conocer por su oposición a la medicina profesionalizada, a la educación institucional y a las patentes farmacéuticas. Diagnosticado de un tumor maligno en la cara, sobrevivió veinte años sin dejar que se le tratara en ninguna institución médica, algo parecido a lo que ocurrió con Steve Jobs, el fundador e inspirador

⁸ de Apple. Illich fue el introductor del concepto de “convivencialidad” (“convivialidad”, según otros). Según él, una herramienta es “convivencial” si sirve al hombre, a sus necesidades naturales y puede usarse en su beneficio. De hecho, afirma literalmente: “La convivencialidad es la libertad individual, realizada dentro del proceso de producción, en el seno de una sociedad equipada de herramientas eficaces” (Iván Illich, *La convivencialidad*, Seix Barral, Barcelona, 1978, p. 27). Nuestras sociedades, por ser piramidales, según Illich, no se ajustan a ese ideal de convivencialidad, porque, además, su herramienta principal, la cultura, es netamente opresiva. [N. del T.]

caso, lo que hemos encontrado es un término común de comparación. Nos permite reformular el problema (o la publicidad comparativa): ¿La tableta electrónica es un objeto técnico más avanzado que la mesa familiar en relación con el *convivium* que ambas reclaman? Pero, teniendo en cuenta a Platón, puesto que lo más sofisticado es también lo menos filosófico, ¿no tendría algún fundamento decir que el objeto más sofisticado es el menos evolucionado?

El culto católico ya ha dejado zanjada esta cuestión. Hay una "Santa Cena", y no habrá una "sagrada tableta". Pero no hace falta despachar el trabajo tan rápidamente y sumergirse en un fideísmo de mesa extensible, sin dar más explicaciones racionales.

El aparato y la apariencia

Un medio es siempre algo más que un medio. Frecuentemente, cierta concepción instrumental de los objetos técnicos nos lleva a considerarlos como cosas que ocupan un lugar en el mundo, pero que no modifican nuestra forma de ver el mundo. Son útiles o decorativos. Son accesorios y, por consiguiente, fáciles de orientar a voluntad hacia los fines que les asignamos. En una palabra, son manipulables. Y no nos damos cuenta de la contradicción que lleva dentro este punto de vista, porque precisamente a fuerza de presentarse como manipulables acaban por hacer de la *manipulabilidad* la norma de nuestra relación con lo real y, por tanto, por transformar nuestra visión del mundo en ese sentido. La concepción instrumental de los objetos técnicos, por crear en una instrumentalidad pura, contribuye a una instrumentación generalizada.

En verdad, el objeto técnico no sólo es un objeto posado en un mundo inmutable, sino que es un objeto que redistribuye el mundo según su configuración, porque nuestra percepción del mundo siempre está condicionada técnicamente. Marshall McLuhan lo resume en una frase célebre: "*The medium is the message*"; "El medio es el mensaje". Lo cual quiere decir que el medio no es neutro. No solamente es un soporte de la información. Informa a la misma información. Y, aunque no la deforme, siempre la formatea. Ni siquiera un canal es sólo un canal, ya que de su calibre depende la trayectoria del agua y la manera en la que brota.

Tomemos el objeto técnico más elemental y, por tanto, el más típico: el vestido (toda concepción del tener — *habere* — debe apoyarse en una fenomenología del hábito). Yo no percibo de la misma forma a una mujer que lleve minifalda y escote que a una que lleve griñón y escapulario, y ello influye hasta en mis intenciones al respecto. Por mucho que los llevemos sobre la piel, el frac o la camiseta de tirantes, la licra o el terciopelo, el monokini o el burka, sus efectos no son ni mucho menos superficiales. La ropa que llevamos puesta es siempre una puesta en escena, nuestra librea nos libra de cierta mirada del otro y no de otras. En una palabra, el *aparato* condiciona la *apariencia*.

El mediador no es solamente un medio práctico, es también un intermediario fenoménico. Ahora bien, tenemos tendencia a no colocar entre los mediadores más que a los modernos medios de comunicación. Pero el mueble, lo mismo que el vestido, es uno de los mediadores más importantes. Mediatiza las relaciones humanas y condiciona los fenómenos y, más especialmente, la aparición del otro, de manera tanto más profunda cuanto más discreta es.

Esto ocurre especialmente con la mesa (en otras culturas por las que siento un afecto particular, hubiera hablado de la alfombra). Y no es indiferente que la mesa sea rectangular o redonda. A propósito de los caballeros de la leyenda artúrica y de su mesa circular, el *Roman de Brut* explica lo siguiente: “Tomaban asiento alrededor de la Mesa en la más perfecta igualdad, y en la más perfecta igualdad eran servidos. Ninguno de ellos podía jactarse de estar mejor colocado que sus iguales: todos se sentaban en lugares de honor, ninguno se sentía relegado al margen”.^b Si la mesa es redonda, los comensales aparecen como iguales, cada uno de ellos puede ver a todos los demás. Si es rectangular, hay necesariamente dos que presiden, con una visibilidad privilegiada, quedando todos los demás, respecto de ellos, marginados de forma más o menos honorable.

La mediatriz del cara a cara

En la tercera de sus *Paradojas para la Marquesa de Nau...* —paradoja según la cual “la cosa que le resulta más útil a los hombres es el juego” —, Joseph de Maistre parte de consideraciones que nos hacen repensar más profundamente esa “fenomenotecnia” de la mesa: “[Los hombres] son tan estúpidos, tan peligrosos, tan vanos, que tienen necesidad del hábito para soportarse. Imaginaos, señora, os ruego, que un hombre fuera a casa de otro y le dijera

con seriedad: ¿Tenéis a bien permitirme, señor, que me coloco frente a frente de vos y que os contemple durante algunas horas? Esta propuesta parecería provenir de la locura y, si la persona a quien se la dirigiera no tuviera derecho a encargarse de hombres o a enviar a paseo al proponente, al menos no le faltarían excusas decisivas para dispensarse de asentir. Tendría negocios que atender *inevitablemente, estaría obligada a salir*. Pero, si acaban de proponernos una partida de piquet o de tric trac, inmediatamente *eludiremos* esos asuntos *inevitables* y nos sentaríamos durante cinco o seis horas, sin ni siquiera soñar que hay negocios que atender en el mundo. Se dirá: *Es el deseo de ganar, es la necesidad de emociones*. Será lo que sea. Todos los hombres han jugado. No examino la causa de ese gusto universal, se trata solamente del efecto. Ahora bien, afirmo que el efecto principal del juego, y que hace de él una de las más preciosas instituciones, *es que obliga a los hombres a mirarse*.”²

Lo que Maistre dice del juego se puede decir, con más razón, de la mesa. No sólo porque los juegos de los que él habla suponen por sí mismos una mesa de juego, sino sobre todo porque la mesa es, por excelencia, el lugar del reencuentro y de la hospitalidad. Se dirá: “Es para sustentarse, es la necesidad de alimento”. Y es totalmente cierto. Pero también es el medio del cara a cara, de un frente a frente amortiguado y mediatizado por la comida, de un hombre con hombre que prepara y mantiene la amistad.

^b El llamado *Roman de Brut*, compuesto en lenguaje anglo-normando (un tipo de francés arcaico), es una historia legendaria de Inglaterra escrita por el poeta Wace a principios del siglo XII. Para legitimar la dinastía normanda de los Plantagenet, emplea el mismo recurso que la Eneida, hace que dicha dinastía, “de rey en rey y de heredero en heredero”, se remonte a Bruto de Troya, uno de los héroes de la Ilíada. [N. del Tr.]

² Joseph de Maistre, *Œuvres*, Robert Laffont, coll. “Bouquins”, 2007, p. 149. [Joseph-Marie, comte de Maistre (1753-1821), fue un destacado mason, contrarrevolucionario y escritor saboyano. Fue el editor de *Voyage alrededor de mi habitación*, escrito en el exilio ruso por su hermano Xavier, que hoy es considerada como una de las obras maestras de la literatura francesa. N. del Tr.]

Con frecuencia evocamos el cara a cara como si se situara fuera del mundo, y como si los muebles, los vestidos y los lugares fueran irrelevantes a ese propósito. La filosofía ha tenido tal tendencia a desdeñar el pensamiento sobre los objetos cotidianos que hasta Lévinas contempla al otro sin atender a las condiciones concretas, materiales, técnicas, de dicha contemplación. Ahora bien, como observa el autor de *Consideraciones sobre Francia*, no podemos considerar al otro de manera inmediata.^c El cara a cara directo es imposible. No sólo porque sería incongruente o demasiado violento, sino también porque el encuentro humano exige una puesta en situación y, por consiguiente, cierto entorno propicio, un dispositivo ya humano, digamos que un ritual que pasa por algunas cosas que llevan la señal de la industria receptividad de nuestras manos. María está a los pies de Jesús, pero hacen falta la casa de Betania, las alfombras, un cojín plano y la comida en cuya preparación se afana Marta en un segundo plano para conformar ese marco en el que su hermana puede escuchar al maestro.

Hay que acercarse al prójimo, no saltar por encima de él. Ese acercamiento pasa por cierto distanciamiento. Y la mesa familiar proporciona el espacio de esa proximidad, por mediación de la comida, claro está, pero también por el rodeo que impone, insertando la distancia justa, la distancia que equilibra respeto y familiaridad y rechaza tanto la indiferencia como la promiscuidad. Sin sus dimensiones fijas y la posición sentada que induce su altura, el intervalo necesario entre uno mismo y el otro quedaría demasiado

expuesto a la imprudencia y al capricho, puede que demasiado cerca o demasiado lejos, capacitándonos para lanzarnos directamente sobre quien nos gustara o para volverle la espalda a quien no nos gustara, por lo cual no es exagerado ver en la mesa cierta tabla de salvación social.

Sobre una triple unión: Comida y palabra

Hay sin duda cierta sabiduría en el hecho de que la locución "sentarse a la mesa" signifique también [en francés] "decir la verdad" o "decidirse a confesar". Pero ¿qué sabiduría? La mesa del comedor no es el confesonario. Y en ella podemos engañar como en cualquier otro sitio, podemos juzgar por las apariencias y entregarnos a todo tipo de charlas fútiles y de espíritu mundano. Sin embargo, hay una verdad que, a pesar nuestro, se manifiesta en ella, aun cuando nos sentáramos a la mesa con una máscara. Se trata de la verdad de la condición carnal, animal e incluso vegetal de nuestro espíritu.

La mesa unifica las operaciones más alta y más baja de lo viviente: la nutrición y la inteligencia, comer y hablar, Don Estómago y la Musa, Marta y María y también la Tarasca...^d En la mesa aparecemos, sin ser ángeles, como seres de palabra y, sin ser bestias, como animales.^e La boca que habla en la mesa se alterna con la boca llena y la jeta que mastica no lo hace con la precipitación del perro en su

^c *Considerations sur la France* fue publicada por Joseph de Maistre en 1796. [N. del Tr.]

^d En el folclore provenzal, se asocia a ese animal mitológico, la Tarasca, símbolo del paganismo, con Santa Marta, que supuestamente llegó para evangelizar el Bájio Ródano desde Betania. [N. del Tr.]

^e Véase la nota "π" en la página 88.

escudilla o del cerdo en su comedero (cosa que no ocurre cuando comemos ante el marco de la puertita del frigorífico, pues la baja temperatura nos incita a un apresuramiento de hienas), es una jeta fina que se limpia cuidadosamente con una servilleta y que se pronuncia sobre los méritos comparados del ajaceite y de la fabada. San Isidoro de Sevilla lo subraya en sus *Etimologías*: “*Convivium apud nos appellatur... quia vite conlocutionem habet*”, que se podría traducir así: “La palabra convivire se llama así entre nosotros porque consiste en conversaciones acerca de la vida”.³ Si la comida es el lugar por excelencia de las conversaciones sobre la vida no es porque en ella se converse con más capacitación que en otros ámbitos, sino porque en ella la conversación manifiesta la vida en lo que tiene de más rudimentario, en lo que tenemos en común con la ameba o con la begonia, porque también ellas se alimentan.

Por eso, la mesa de la comida permite una triple hospitalidad, o una triple unión. 1º Unión de los convidados, en primer lugar, distribuidos según un orden que impone una antigua amistad o que prepara un primer encuentro (y el hecho de que una antigua amistad y un primer encuentro estén en las mismas condiciones deja entrever que la amistad sólo dura si se la renueva incessantemente). Se trata aquí de *presencia real* y no de *red informática*. Por otro lado, lo que está en juego no es tanto comunicar como comulgar, no es tanto abastecer de información como hacer que las voces se entrelacen.

2º Unión del convidado dentro de sí mismo, que realiza en sí la unión de sus operaciones vitales, nutritiva, sensible, intelectual y social, dándole a la lengua en los dos sentidos de la expresión, dándole algo que morder para poner freno a sus raptos líricos, llevados a las humildes realidades de la masticación y de la deglución. No puedo dejar de recordar aquí las observaciones de Céline: “Más complicado y más penoso que la defecación es el esfuerzo mecánico que hacemos para conversar. Esa corola de carne abotargada, la boca, que convulsiona silbando, que aspira y se agita, expele todo tipo de sonidos viscosos a través de la apretosa barrera de la caries dental, ¡qué castigo! Y, sin embargo, se nos conjura a transformar todo eso en algo ideal. Es difícil. Porque, como no somos más que bolsas de tripas tibias y mal podridas, nunca nos arreglaremos del todo con los sentimientos. Estar enamorados no es nada, lo difícil es estar juntos”.⁴ Ahora bien, esa dificultad de estar a la vez en la verdad de nuestras tripas tibias bajo la idea ardiente

³ Citado por George Haldas como excerpto de su *Légende des repas*. Julliard/L'Âge d'Homme, 1987.

⁴ Louis-Ferdinand Céline, *Voyage au bout de la nuit*, Gallimard, coll. “Bibliothèque de la Pléiade”, 1992, pp. 336-337. [Louis-Ferdinand Auguste Destouches (1894-1961), médico y escritor francés, firmaba con el pseudónimo Céline, que sustituiría ya para siempre a su verdadero apellido. Su nihilismo vital está crudamente reflejado en sus escritos y, en particular, en la novela autobiográfica que cita Hadjadj. Cuenta las aventuras de un tal Ferdinand Bardamu, enrolado, en un momento de estupidez, en el ejército francés para servir en la Gran Guerra y que acaba recorriendo medio mundo asqueándose cada vez más de toda relación con los demás. Aunque Céline fue honrado con una medalla militar por su participación heroica en la Primera Guerra Mundial tras la Segunda Guerra fue condenado a muerte por colaboracionista y tuvo que huir a Alemania, donde fue encarcelado. Volvió a Francia tras ser amnistiado en 1951. Es muy famosa una cita de la novela que nos ocupa: “Os lo digo, infelices, jodidos de la vida, vencidos, desolados, siempre empapados de sudor; os lo advierto: cuando los grandes de este mundo empiezan a amarnos es porque van a convertirnos en carne de cañón”. La novela se puede leer en español: Louis-Ferdinand Céline, *Viaje al final de la noche*, Edhasa, Madrid, 2008. N. del Tr.]

se realiza principalmente alrededor de la mesa, y no ante la tableta. Ante la tableta, entramos en la virtud de lo virtual, reconstituimos para nosotros un cuerpo sin órganos, un avatar que puede mirarlo por encima del hombro, ignorando tanto el hambre como la defecación. En la mesa, la palabra *se recuesta proféticamente en el pesebre*, entre el buey que rumia y el estércol del asno.

3º Unión del cosmos en la mesa, que generalmente es de madera. Noremos, de pasada, que la perfección de la mesa no depende del progreso tecnológico. Llega a ser inversamente proporcional a dicho progreso. De ahí las “denominaciones de origen” controladas, los “sabores de antaño”, los “platos típicos”, las “recetas de la abuela”, etc. con las que se maquillan habitualmente algunos productos industriales. Una nueva mermelada se podría llamar “La Buena Mamá” — pero así no se podría llamar un nuevo *iPhone*. Por eso, la mejor mesa es, en general, la hecha con materiales naturales, con sus vetas visibles, memorias de la savia o de la carpintería, con líneas talladas o grabadas a mano. Y cuanto más antigua, cuanto más pátina tenga, cuantas más huellas de haber servido otras veces, mejor. No sé por qué, pero las ideas de la madera, es decir, del bosque, del leñador, del aserradero y del ebanista repugnan a la tableta electrónica. No se puede hacer un *iPad* de roble macizo. Finalmente, sobre esa mesa (y no sobre la tableta) ponemos, en el mejor de los casos, recipientes de barro llenos de frutas, de verduras, de cereales, de carnes... Si tenemos un poco de lucidez a propósito de estas cosas, si nos preguntamos cómo han llegado hasta la mesa y si es con justicia, entonces llegaremos a interrogarnos realmente acerca de toda la problemática de la economía — es decir, de una manera no ideológica —, haciéndonos presente que sus

actividades fundamentales no se encuentran en las finanzas y en la ingeniería, sino en la agricultura y la ganadería. Además, los términos “economía” y “ecología” se derivan de *oikos*, el hogar, la familia, cuya epifanía se realiza alrededor de la mesa.

Sobre un primitivo ceremonial: “Ponte derecho!”

Un manual del siglo XIX titulado *Corresta y maneras eclesiásticas* hace la siguiente recomendación: “Cuando hagan ustedes una invitación específica, guárdense mucho de decir que se trata de *una comida sin ceremonia*. Cierta superior que recibió una invitación formulada de esta guisa respondió maliciosamente: «Querido señor, no me disgusta nada que, cuando se me invita, se haga algo de *ceremonia*». Y, además, conocemos la frase del ingenioso autor de la *Gastronomía*: «Recordad finalmente en toda vuestra vida / que una cena sin formas es una cosa pérfida».^f

Queriendo o sin querer, hasta la mesa más profana nunca se abre sin algún ceremonial. Podemos afirmar, incluso, que la mesa familiar es el primer lugar de la urbanidad. El estar juntos a su alrededor presupone un estar correctamente. Por ello, la comida de los padres con los hijos siempre está trufada de mandatos conminatorios tan variados como penosos: “Ponte derecho”, “No apoyes los codos en la mesa”, “Lím-

^f El poema humorístico titulado *La gastronomie* (“La gastronomía”) fue compuesto (en alejandrinos) por Joseph Berchoux (1765-1839) y publicado en 1803. Los editores ampliarían más tarde el título, que quedó definitivamente como *La gastronomie ou l'homme des champs à table* (“La gastronomía o el campesino en la mesa”). [N. del Tr.]

piate la boca después de beber”, “Acaba la sopa y no hagas ruido sorbiendo de la cuchara”, “Mantén los brazos pegados al cuerpo cuando uses el cuchillo y el tenedor”, “Cuando hayas acabado, no dejes los cubiertos en el plato de cualquier forma, sino que debes ponerlos juntos y paralelos, perpendicularmente a ti, a la derecha del plato”, y sobre todo “¿Qué se dice?”, pregunta innata sobre la esencia del decir que intenta inculcar el “por favor” y el “gracias”. A todo esto se añade, en la misma línea de la escucha, el “No interrumpas a tu hermana” o el “Espera tu turno para hablar”.

Estas llamadas al saber vivir se dejan oír menos cuando los miembros de la familia se dispersan por la casa. La mesa es condición para que se den. Las buenas maneras se aprenden alrededor de la buena sopa. Es cierto que el niño puede recibirlas haciendo muecas de disgusto, y de ahí que el libertario se apresure a colocar la mesa familiar entre los instrumentos de represión y de tortura, según su más que tiránica costumbre de hacer del niño objeto de sus sueños ilusorios y materia de sus utopías. El poeta George Haldas reflexiona sobre el asunto ya cumplidos los setenta años, y nos sugiere que el sentido de todas esas cosas se manifiesta con frecuencia solamente de forma retrospectiva: “Ese código — lo comprendí más tarde, en su momento lo único que hacía era plegarme a él como algo obvio — no tenía como finalidad oprimirnos ni afirmar la dominación paterna. En absoluto. Simplemente, intentaba enseñarnos a no vivir en el caos, en el todo da igual”. Y, todavía más, intentaba que llegáramos a tener “la idea de esa libertad que es indisoluble del sentido del otro”.⁵ Porque, en la mesa,

ocupamos un sitio, pero también hacemos sitio a los demás. Asumimos nuestra animalidad haciéndola humana, es decir, política, gracias a la cortesía, y metafísica, gracias a la atención, descubriendo que dejar sitio al otro no es la negación de uno mismo, sino, por el contrario, el poder mismo del creador...

La ritualidad de la mesa no se limita a ese código de buenas maneras. También hay un ritual de los horarios, que vertebran la jornada e impiden que esté enteramente sometida tanto a la explotación del trabajo como a la dispersión del consumo: aunque nuestro corazón pueda ignorar la regularidad de los oficios de la liturgia, nuestro vientre nos recuerda el ritmo de laudes, nonas y vísperas comestibles. También hay un orden interno en la comida — entrada, plato y postre —, como el de un drama en tres actos cuyo feliz desenlace azucarado ayuda al niño a pasar la prueba de la coliflor o del brócoli (“si no te lo comes, no habrá helado...”). Es un orden más profundo, más inteligente quizás, que el de la dialéctica hegeliana. “Entrada — plato — postre” habla siempre a nuestro espíritu, en su condición carnal, más concretamente que “tesis — antítesis — síntesis”, y se corresponde bastante bien con el orden del discurso propuesto por la antigua retórica. Si damos crédito a Jean Follain, en la mesa, una buena conversación debe ajustarse a esa sucesión del menú, y toda su dificultad reside en dicha sucesión: “La conversación no debe ser la misma ante la sopa que durante el postre. La primera puede ser exquisita en su concisión, mientras que la última soporta la amplificación”.⁶

⁵ George Haldas, *Légende des repas*, Julliard/L'Âge d'Homme, 1987, pp. 184-185.

⁶ Jean Follain, *La table*, Fata Morgana, 1984, p. 32.

Buenas maneras y conexión

Una vez más, del mismo modo que la libertad no es la espontaneidad ni el pensamiento la expresión de la primera idea que se nos pasa por la cabeza, el encuentro no es una colisión. Supone las buenas maneras, [*convenances*, en francés], del verbo latino *convenire*, que significa “encontrarse”. Las buenas maneras no se reducen a la simple convención. La preceden de forma inmemorial. Para establecer una convención, primero hace falta encontrarse en la palabra y, por lo tanto, obedecer antes a ciertas buenas maneras — quizás arbitrarias, pero de una arbitrariedad sin injusticia ni parcialidad. Por lo demás, esas buenas maneras no valen por sí mismas; son como la gramática, o el esqueleto, sostenes de la carne y de la poesía: si se convierten en finalidades, inmediatamente provocan el academicismo y la fosilización. Sin embargo, admirámoslo, al igual que la ardiente paciencia y las fastidiosas escalas son necesarias para tener la libertad de tocar una partita de Bach, no hace falta menos aprendizaje para tener la disposición de encontrar a alguien verdaderamente. La mesa familiar es la escuela de esta música de las buenas maneras.

Frente a la lentitud del servicio, la tableta no teme jactarse de su velocidad con la evidente inmediatez de sus clics, su posibilidades para el zapeo, para abrir veinte ventanas a la vez, para desconectarse a voluntad o prodigarse en el “muro” propio y en otras “*mailing lists*”.^g Tampoco teme

exaltar la dicha de estar “siempre en línea”, una línea sin cola ni cabeza, sin comienzo ni fin (porque si bien, en un momento dado, uno abandona la mesa, nunca se puede, ni siquiera se debe, abandonar la tableta). Pero ¿con qué buenas maneras podría instruimos el imperio de las conexiones?

La conexión, en tanto que inmaterial, no nos enseña a hacerle sitio a nadie. En tanto que instantánea, no nos deja tiempo para tomarnos un tiempo. Como nos desintegra en un ciberespacio en el que no existe la vergüenza, no domeña al sinvergüenza. Como no deja de intentar reducir la separación entre el deseo y la satisfacción, no profundiza en el anhelo (un motor de búsqueda no es un moderador de encuentros). Su capacidad de poner todo tipo de cosas a nuestra disposición digital puede aparecer como la su- prema conquista humana, la modalidad de relación que inaugura se asemeja a la del predador que se arroja sobre su presa. El refinamiento tecnológico halaga nuestra vertiente pulsional (por otro lado, en ese halago se esconde el resorte principal del progreso y no en el desarrollo de la inteligencia: prodigar conocimientos angélicos junto con reacciones de animales salvajes).^h Barbarie y sofisticación van de la mano. Y una barbarie tanto más explosiva por cuanto que se disimula bajo la sofisticación.

^g Para los menos versados en el mundo de las redes informáticas, hay que precisar que el espacio que se le asigna a cada miembro de Facebook se llama “muro”. Las *mailing lists* son las listas de correo electrónico. [N. del Tr.]

^h Otra vez se alude aquí a la relación entre hombre, ángel y bestia que aparece en los *Pensamientos* de Pascal. Véase la nota “ñ” de la página 88. [N. del Tr.]

Hambre y familia

Es muy probable que los términos “hambre” (en latín, *fames*) y “familia” provengan de una misma raíz. Así, la palabra latina designaría a aquellos que comen bajo el mismo techo (aunque no comieran a la misma mesa) — parientes, pero también domésticos y esclavos. Lo cierto es que las relaciones familiares son relaciones nutritivas. Primitivamente, el hombre caza, la mujer cocina. Antes incluso de nacer, el hijo es nutrido por su madre. Después de haber sido destetado, hay que seguir nutriéndolo, término que, en otros tiempos, quería decir también *educándolo*, con la diferencia de que la educación tiene como fin llevar por el camino recto, mientras que la nutrición hace crecer al otro según su especie y su individualidad (alimentar un filodendro es dejarlo ser un filodendro, mientras que educarlo no nos libra del todo de la tentación de llevarlo a la escuela de los rosales). Originalmente, el hambre de leche es también hambre del otro. El niño de pecho reclama a un tiempo comida y mamá, después, algo más tarde, pitanza y papá, como una sola y única subsistencia — algo que podríamos llamar maná. El apetito primordial no separa la ternura del prójimo y la bondad del plato. En cuanto se separan, la familia se vuelve insostenible, y el hambre antropofagia.

Los cuentos dan cuenta de esa separación. De forma particular, el titulado *Pulgarcito*: “Vino un año nefasto y la hambruna fue tan grande que aquella pobre gente resolvió deshacerse de sus hijos”.⁷ En su casa, el padre y la madre “no iban a ser capaces de verlos morir de hambre ante sus

propios ojos”. En el bosque, el ogro pretende alimentarse de la “carne fresca” de los niños. Sin el apaciguamiento del hambre, la familia se deshace: los pequeños son abandonados a sí mismos. Igualmente, la comida, sin una familia, se convierte en monstruosa: nos atiborramos de cualquier cosa, hasta de la propia prole, para intentar compensar la falta de ternura. Con el episodio de las piedrecitas blancas y la primera vuelta de los siete niños al hogar en donde los padres hacen un último guiso de carne, Perrault escribe estas conmovedoras frases, que quizás sean el verdadero fin — famélico — de la historia: “Se pusieron a la mesa y comieron con un gran apetito, que agradó al padre y a la madre, a quienes contaron el miedo que habían pasado en el bosque hablando casi todo el tiempo todos a la vez. Aquella buena gente estaba encantada de volver a ver con ellos a sus hijos, y aquella alegría duró tanto como duraron los diez escudos”.⁸

La mesa es el lugar donde la humanidad se muestra en su hambre, en donde “el hambre, que ninguna música puede calmar, seculariza toda eternidad romántica”.⁹ Los amantes sin hijos son capaces de un idilio romántico en el que las bocas se besan sin fin porque no tienen bocas que alimentar. La mesa familiar es la muerte de ese idilio y el nacimiento de la responsabilidad cara al futuro, que se sostiene buscando el sustento.

Podemos burlarnos del “*bon appétit*” que suelta la plebe (que, sin embargo, acostumbraban a usar los nobles del

⁸ *Ibidem*, p. 219.

⁹ Emmanuel Lévinas, “Sécularisation et faim”, en *Cahiers de L’Herne*, nº 60, 1991 (reeditado en 2006).

⁷ Charles Perrault, *Contes* [1697], “Le petit Poucet”, Jean de Bonnot, 1972, p. 216.

Gran Siglo). Ese introito a las comilonas de gorra oculta una profunda plegaria. Que pide que el apetito se ordene a lo Bueno (*¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el Bueno* — Mt 19, 17), y que ese algo Bueno no sea algo cerebral, etéreo, sino que rehaga nuestras fuerzas, que nos llene. Una plegaria que nos defiende de una “eternidad romántica”, reclamando a un *eterno encarnado*, a un verbo que no ignore el vientre, a un Dios que celebran los Salmos diciendo: *Da el pan a los hambrientos...dispensa al ganado su alimento, a las crías de cuervo cuando chillan* (Sal 145, 7...146, 9).

El hambre no apela a la tableta táctil — lo hace, más bien, a la tableta de chocolate. La tableta táctil nos hace creer que la compasión consiste en llorar ante las catástrofes del momento, la mesa nos recuerda que consiste ante todo en alimentar al que llora hambriento, como hizo el maná en el desierto, como hace el seno de una madre, en donde el primer vínculo de amor es también un vínculo alimenticio: “No nos admiramos bastante de la fuerza de la transmisión que, bajo el vocablo banal de compasión, lleva desde el acuerdo de mi propia hambre al sufrimiento y a la responsabilidad por el hambre del prójimo”.¹⁰ Es fácil admitir a alguien en la tableta de uno (a un “amigo” en el “facebook” para un “post” sin dirección física o un “chat” sin pelos en la lengua, escondido tras un cristal). Pero así se olvida que lo importante es acoger a alguien en la mesa de uno.

La mesa es la que realiza la orquestación de esa reunión del ser enmarcado por la bendición y la acción de gracias

o, mejor dicho, desbordado por ellas, así como por ese lugar vacío (como aquel “peligroso asiento” de la Tabla Redonda, que esperaba al puro que pudiera ocuparlo) con su cubierto tradicionalmente preparado para el extranjero, para el abandonado, para el peregrino que pudiera llamar a la puerta.

Los cimientos del shabbat

La Sabiduría ha edificado una casa, ha labrado sus siete columnas, ha hecho su matanza, ha mezclado su vino, ha aderezado también su mesa (Pr 9, 1-2). ¿Cómo interpretar estos versículos del libro de los Proverbios? ¿Su lenguaje es metafórico, con metáforas quizás sustitubles por otras más adaptadas a nuestro siglo? ¿Es posible que también, o mejor, tuviéramos que decir: “La Sabiduría ha fabricado una tableta, ha multiplicado sus canales Wi-Fi, ha subido sus «mejores momentos» a Instagram”?

Para los católicos, sólo se trata de una imagen: la Sabiduría, en su mismo cuerpo, y bajo las especies del pan y del vino, se da efectivamente en la mesa eucarística. Para los judíos, se trata igualmente de una realidad: la Sabiduría se estudia en la casa de estudios, pero se transmite en la mesa del shabbat. Los judíos, por lo demás, tienen la ventaja sobre los cristianos de que su liturgia no sólo es sinagoga, sino que, quizás en primer lugar, es una liturgia doméstica. El genio de los rabinos, tras la destrucción del Templo,

¹⁰ *Ibidem*.

¹ *Instagram* es una red social en la que se exponen fotografías personales para exhibición pública. [N. del T.r.]

consistió en, de alguna forma, trasladar el altar al comedor, a fin de que la mesa santa subsistiera en la mesa familiar. Una mesa a la que uno accede sólo a condición de haber desconectado su tableta. En efecto, el reposo sabático exige, salvo caso de necesidad, que se apague la televisión, la videoconsola, incluso la electricidad en casa de los más piadosos, y que uno no se separe más de dos mil codos (960 metros) de su hogar. ¡Qué ofensa para la religión del Becerro Digital y de la *Jet Society*! Sus adeptos no verán en ello más que un sacrilegio retrógrado. Jacques Ellul la reconocía como una actitud ejemplar, y llamaba a los cristianos a hacer lo mismo el domingo.^j

— Pero ¿qué vida nos queda después de desenchufarlo todo?, pregunta el moribundo que sólo se alimenta por medio de cables. — Queda la vida de las velas con sus llamas que se acercan, calientan y hacen danzar los rostros; los dos panes trenzados y la copa de vino que se pasa mejor que un porro, porque nos pasa del comienzo hasta el fin del mundo; la narración de las peripecias de la semana y los cantos que vienen a coronar y a preparar para las pruebas de la semana siguiente: “Un cabrito, un cabrito / que por dos monedas mi padre compró / y el gato llegó y se comió al cabrito...”^k

^j Jacques Ellul (1912-1994) fue un notable filósofo y teólogo anarquista francés que vivió su fe en la Iglesia reformada. Fue profesor en la Universidad de Burdeos y escribió contra la tecnologización de la sociedad. Argumentó en repetidas ocasiones que, si hay algún sistema político que brote del anuncio del Evangelio, ha de ser la *acta*. [*N. del Tr.*]

^k Son los primeros versos de una famosa canción sefardita, *Jad Gatalah*, que se canta en la noche de la Pascua. Recoge de forma simbólica, con una sucesión de animales y sucesos naturales que van destruyéndose unos a otros, hasta que Dios mismo se alza como juez, la historia de Israel. [*N. del Tr.*]

En esta mesa se reúnen los hijos, los padres y los abuelos, todos juntos se remiten a la fuente de todas las cosas. Porque la finalidad expresa del shabbat es recoger a los miembros de la familia dispersos durante la semana por el trabajo y, por consiguiente, parar en seco la voluntad de poder, el productivismo, la reducción de lo humano a los “recursos humanos” y su especialización según las competencias y las edades. Por eso, los rabinos ven en él el lugar de la transmisión y del vínculo entre las generaciones y, por tanto, más profundamente, del recuerdo del don de la vida y de la vida como don, y no como función...

Con la tableta, la función está por encima del don y la transmisión entre generaciones queda interrumpida. Debe prevalecer el último grito. Lo tecnológico sustituye a lo genológico. En esta situación, *el adolescente se convierte en el jefe de la familia*. Su desenvoltura con los nuevos programas informáticos es cada vez más decisiva que la experiencia de los ancianos — término que ya no designa nada venerable, sino sólo algo verusto, caduco y listo para el desguace.

El judío celebra la Pascua en familia, alrededor de una comida. Tiene la ingenuidad de creer que la salida de Egipto, la liberación de la esclavitud e incluso las tablas de la Ley no tienen como finalidad aumentar indefinidamente las opciones de nuestra tableta, sino que todos puedan reencontrarse alrededor de una mesa en donde comer y contar las maravillas del Eterno y “el miedo que habían pasado en el bosque”. En su exilio, se sienta a la mesa con los suyos y sabe que ya no está lejos de llegar a buen puerto. En medio del diluvio, dispone de esa arca. En pleno naufragio, le queda esa pequeña balsa.

Mesa familiar y televisión según Günther Anders

En un ensayo de 1956, "El mundo como fantasma y como matriz", Günther Anders escribe a propósito de la televisión: "Lo que representa y encarna el aparato es precisamente el descentramiento de la familia, su excentricización. Es *la negación de la mesa familiar*. No proporciona a la familia un punto de convergencia, sino que lo reemplaza por un *punto de fuga* común. Mientras que la mesa constituía una familia centrípeta, que invitaba a los que estaban sentados alrededor de ella a hacer circular el transbordador de las preocupaciones, de las miradas y de las conversaciones para seguir así tramando el tejido familiar, la pantalla orienta a la familia de manera centrifuga. Ahora, los miembros de la familia ya no se sientan unos frente a otros, sus sillas están puestas unas junto a otras frente a la pantalla. Sólo siguen viéndose, mirándose, por falta de atención; sólo por azar siguen hablando (a condición de que todavía quieran o de que todavía puedan)".¹¹

Anders describe una época ya pasada — la de los *mass media*. La familia se estructura como un público en miniatura, "y la sala de cine se ha convertido en el modelo del hogar". Todos miran en dirección a una *misma* pantalla — el programa único de la ORTF o, un poco más tarde, tras haber elegido una de las tres cadenas nacionales.¹ Se podía

¹¹ Günther Anders, *L'obsolescence de l'homme. Sur l'âme à l'époque de la dixième révolution industrielle* [1956], Ivrea, 2002, p. 124. [Günther Anders (1902-1992) ha sido uno de los filósofos y escritores más influyentes del siglo XX. Fue discípulo de Husserl y Heidegger y estuvo casado con Hannah Arendt. *La obsolescencia del hombre* es una de sus obras fundamentales. N. del Tr.]

¹ La ORTF (*Office de Radiodiffusion-Télévision Française*) fue el primer servicio de televisión (pública) en Francia, que emitió en un solo canal. A partir de 1974, y hasta

ver una película popular (*La gran juerga* o *El gran rubio con un zapato negro*) y, después, evocarla juntos y discutirla en la mesa o en el patio del recreo. Hoy día, los programas de masas han desaparecido porque la programación se ha ampliado y diversificado. Cada uno tiene su propia pantalla, cada uno sus propios favoritos en Youtube, cada uno su serie fetiche que puede ver apartado de los demás. Es notable que Anders se hubiera dado cuenta de esa tendencia. Ya oponía la fuerza centrifuga de la televisión a la fuerza centrípeta de la mesa, aunque dicho carácter centrifugo no se realiza del todo más que con la multiplicación de las pantallas — principalmente de los teléfonos inteligentes y las tabletas. Hablaba ya de punto de fuga — que en su época era común, y que ahora es privado.

Apenas fundada la familia, la tecnología viene a hacerla estallar. Aunque sus miembros sigan alojándose bajo un mismo techo, si las tabletas han ocupado el lugar de la mesa, cada uno de ellos vive por su cuenta. La jornada de su prójimo le resulta menos familiar que los desengaños de tal o cual artista. El divorcio acaba siendo el estado habitual, ordinario y subyacente de la vida familiar, y cuando se manifiesta física y jurídicamente, lo más terrible de constatar es que ya no había nada que destruir, porque no se había instaurado ninguna vida común. Ni siquiera una vida individual.

La denuncia del individualismo revela en este caso su extrema debilidad. El hombre de las técnicas contemporá-

las primeras privatizaciones, diversificó su programación en tres canales diferentes TF1, A2 y FR3. [N. del Tr.]

neas no es un individuo, según Anders, sino un *dividuo*.¹² Dividido entre todas las entradas activas de su pantalla, incapaz de concentrarse, fragmentado como esas cadenas *informativas* en las que el presentador está dando una “noticia” en tanto que otra aparece en subtítulos y un tercer encarte permite que sigamos las fluctuaciones de Dow Jones y del CAC 40. Así como la mesa unía las funciones vitales, vegetativas, animales y racionales, la tableta disloca la vista en su preensión panóptica y en su miedo de confrontación con lo invisible. La mesa une porque se mantiene a una escala humana. La tableta pretende ser *world wide*: lo humano no tiene más remedio que trocarse.^m Ciertamente, el dividido se indigna, critica y denuncia precisamente “el individualismo del sistema”, pero está demasiado dividido en sí mismo y demasiado dividido de su prójimo como para resistir al movimiento global. Protesta en los “forums” virtuales. No se sienta a la mesa de los conspiradores.

Pérdida de la artes de la mesa

La mesa y la tableta no solamente se oponen por los modos de aparición que instauran, sino también, y en primer lugar, por sus modos de producción. La tableta es producto de las ciencias aplicadas; la mesa, del saber hacer, y de un saber hacer que es también un saber vivir. Entre el saber hacer y las ciencias aplicadas podemos subrayar una doble

¹² *Ibidem*, pp. 163-164.

^m *World wide* (“de amplitud mundial”) son dos de las palabras de la famosa expresión inglesa *world wide web* (“red de amplitud mundial”) cuyas iniciales *www* forman el comienzo de casi todas las direcciones de las páginas de internet. [N. del Tr.]

oposición. La primera es que el saber hacer se despliega orgánicamente a partir de una práctica, mientras que las ciencias aplicadas se apoyan en un primer momento en una teoría. El saber hacer depende de un aprendizaje en el que el cuerpo se ejercita paralelamente con el espíritu, donde la mano se hace inteligente y la inteligencia manual: uno se hace herrero en la forja, y no haciendo un doctorado en ciencia de materiales. El saber hacer, al que también llamamos arte, o *techné* entre los antiguos griegos, pasa por el tanteo, la experiencia del material sensible, el manejo de la herramienta como prolongación del brazo y de la energía metabólica. Las ciencias aplicadas tienen que ver, en primer lugar, con las ciencias, y se aplican sólo en un segundo momento: son cerebrales, no manuales, y el que las ordena con sus ecuaciones se llama ingeniero, no artesano. La experimentación ocupa en ellas el lugar de la experiencia, la programación de la máquina el del uso de la herramienta. Sus aplicaciones pueden ser prodigiosas, titánicas, en razón de la superación misma de los límites del cuerpo y de sus propias energías.

La segunda oposición, que se deriva de la primera y que es especialmente válida para el tema que nos ocupa, es ésta: los que *producen* la mesa familiar son también los que la *usan*, mientras que los que *conciben* la tableta electrónica no son necesariamente los que la *utilizan*. Las artes de la mesa producen la mesa familiar. Lo que yo entiendo por artes de la mesa no es sólo la ebanistería ni alude a las cimas de la gastronomía, al cristal de Murano o a la porcelana de Limoges. Se trata, ante todo, de esas artes menores y múltiples a las que recurre una familia, si no cotidianamente, al menos el shabbat o el domingo: cocina, bordado de manteles y servilletas, disposición de los cubiertos (con

candeleros y flores) y también, y sobre todo, el arte de pasar el plato, de conversar, de jugar y de cantar juntos. Aquí está claro que la persona que cocina la comida es también la que la reparte, y puede invitar a las demás a hacerlo con ella. Es evidente que el que prepara un juego para el transcurso de la comida, o algunas canciones para el final, es también el que juega y el que canta. Estamos en un ámbito de técnica ordinaria, que no se encuentra confiscado por el elevado grado de especialización que exige la tecnología. Gracias a las artes comunes que la rodean, la mesa familiar resiste el imperio de los especialistas y de los virtuosos. En ella offician el padre y la madre, no el experto ni el encargado.

A este propósito, hay que constatar que lo que para la colectividad es progreso tecnológico, para el individuo industrial, el índice de regresión técnica: “En las sociedades preindustriales, el índice individual de tecnicidad es comparativamente elevado; más exactamente, la vida de todos los individuos está llena de una variada actividad manual y de un nivel al menos suficiente para la subsistencia.”¹³ Pero las ciencias aplicadas excluyen poco a poco el saber hacer. El aumento de la comodidad disminuye el saber vivir; los medios de comunicación, el sentido de la conversación. No hay adición, sino sustitución de unas cosas por otras. Cada vez manipulamos más, y manejamos menos. Sabemos utilizar las cosas, pero ya no sabemos usar de ellas. De ahí las comidas que sólo respiran aburrimiento alrededor de esos canelones Findus que llevan la etiqueta “como hechos en

casa” y que sólo han recibido de casa el calor del microondas. Como hemos entregado la cocina a los congelados, la conversación se ha hecho glacial: el plato cocinado industrial invita a charlas de mesa teledirigidas. La coca-cola no anima a las canciones propias del vino. Los sabores potenciados por el glutamato dificultan la entonación de los cantos. Hay prisa, más bien, por ir a coger de nuevo la tableta.

¿A dónde han ido a parar aquellas historias que dejaban en suspenso el tenedor por encima del plato y hacían que bebiéramos de los labios del narrador? La velada que tradicionalmente prolonga la comida festiva da testimonio de que las artes de la mesa culminan en lo que se podría llamar una mitopoética. Así fueron las bodas de Cadmo y Harmonía, donde por última vez los dioses comieron en la misma mesa que los hombres, y les ofrecieron a la vez el trigo y la lira. Así fue, sobre todo, la Última Cena de Jesús, con el memorial del Éxodo que constituye la comida de *Passah*, y los misterios que se revelaron en ella. Pero ya no vivimos concretamente esas cosas. Ahora las conocemos como entradas de la *Wikipedia*.

De esas primeras artes de la mesa (y del lecho), de esas artes que nos vinculan con los dioses porque prolongan el don de la vida, hemos perdido el sentido. Es así porque la madre en el hogar había dejado de parecernos una dispensadora de los primeros misterios para ser una esclava servil. Para ella, la verdadera emancipación sería convertirse en empleada de una oficina. Trabajar para una *start-up* de “apps” para “Marketplace”, mejor que criar a los hijos.¹⁴

¹³ André Leroi-Gourhan, *Le geste et la parole* [1964], II, VIII, Albin Michel, 1998, p. 61.

¹⁴ Una *start-up* es una compañía comercial incipiente que ofrece productos innovadores muy deseados en un momento concreto del mercado. Por supuesto, *apps*

Preparar una reunión con unos socios asiáticos mejor que preparar la mesa para los suyos. Estar detrás de los fogones ya no es la primera forja de las almas y de los cuerpos, la de Ceres, que es más importante que la de Vulcano. Lo que cuenta es estar delante de la pantalla, en algún nuevo Silicon Valley, con los pechos hinchados por la silicona, precisamente, y no por la leche...

Sin-distancia y proximidad

Mi publicidad es tendenciosa, sin duda (pensándolo bien, prefiero ser tendencioso a marcar “tendencia”). ¿Acaso no supone la tableta electrónica una extraordinaria revolución en las relaciones sociales? ¿No nos permite estar siempre en contacto, darle al “me gusta” a lo que mandan los amigos o conectar mediante el *skype* con el prójimo? Infinitamente mejor que el mago que hacía salir un conejo de su sombrero, puedo hacer brotar el universo de la funda de mi tableta, todos mis “contactos” del forro protector de mi ordenador. Tengo un mundo de bolsillo. Ya no soy *homo faber* ni *sapiens sapiens*, sino *world marsupial*: “Gracias a las interfaces digitales móviles de los años 2000, que hacen de la red una realidad ubicua constante, el otro siempre está *potencialmente ahí, en mi bolsillo, al alcance de la mano...*”¹⁴

No podemos dejar de percibir la religiosidad de esta frase. A la red se le otorgan todos los atributos divinos: ubi-

son “aplicaciones” o pequeños programas informáticos para dispositivos inteligentes. “Marketplace” es la tienda virtual de Microsoft. [N. del Tr.]

¹⁴ Stéphane Vial, *L'ère et l'écran. Comment le numérique change la perception*, PUF, 2013, p. 220.

cidad, inmediatez, omnipotencia... Pero ¿qué quiere decir “tener al otro en el bolsillo, al alcance de la mano”? ¿No es privar al otro de toda alteridad, reducirlo a un utensilio de mi bienestar — un desagüe para mis “contenidos multimedia”? Y si “siempre está potencialmente ahí”, ¿cómo puede ser realmente prójimo? Como hemos visto, la conexión sustituye a la proximidad, no hay más que clicar para hacer aparecer, y ya no hay necesidad de aproximarse. Pero allí donde no hay aproximación, con sus correspondientes acercamientos y lentitudes, ya no hay prójimo.

La proximidad es una dimensión del contacto. Próximo es aquel al que yo puedo tocar, pero que también, a su vez, me puede tocar a mí, en una exposición común, en una vulnerabilidad consentida. Ahora bien, es interesante que el repertorio de la informática usurpe el término “contacto” y la tableta el adjetivo “táctil”. ¿Cuál es la dimensión táctil de la tableta? La de un tacto que se topa con un cristal, sin reciprocidad, sin sensibilidad a las texturas, a las temperaturas, a la presión y al peso, incapaz de esos actos supremos que son el tanteo y la caricia. En la reducción digital del mundo a la pulsión escópica (donde se trata ante todo de ser mirón y exhibicionista, en alta definición, con los otros sentidos evacuados o, como el oído, reducidos a bajas definiciones), el tacto de la tableta se limita al *push-button*, es sólo un apéndice desencadenante de la vista, donde el pulgar y el índice ya no sirven para sentir una piel o pulsar la cuerda de una guitarra, sino para hacer que una imagen se acerque o se aleje con el zoom.

Entonces, ¿cuál es el estatuto ontológico de esos “amigos” que aparecen en mi tableta? ¿Son próximos? ¿Son lejanos? ¿Están presentes? ¿Están ausentes? Ni una cosa ni la

otra. Anders habla de “fantasmas”; Heidegger de “sin-distancia”.¹⁵ Porque la presencia siempre supone lo invisible que se hace palpable: Siffreine está ahí, puedo tocarla, también ella puede tocarme, pero todo lo que ofrece no hace más que ocultarla aún más en su misterio y sería imposible agorarla en una suma de informaciones. Y la proximidad supone siempre la distancia, que permite la aproximación y ser aprehendido por lo inaprensible: me es próximo precisamente aquel que, a mis ojos, escapa a las etiquetas y a los identificadores y que, inaccesible a mis zapeos, puede venir a molestarme a cualquier hora, subirse encima, pedirme que le sirva un vaso de agua o que le pase la sal...

En tanto que la tableta nos propulsa en la sin-distancia, la mesa nos invita a la proximidad. El primer aparato hace aparecer seres innumerables (aunque numéricos), dúctiles, tornasolados, pero fantasmales y fantasmagóricos; el segundo manifiesta comensales, menos espectaculares sin duda, irritantes a veces, pero realmente presentes, como ese tío Henri, esa prima Berthe o ese vecino Ali que no queríamos tener como amigos en *Facebook*, porque sus realidades superan nuestras ficciones. De todo esto no hay por qué sacar la conclusión de que habría que destruir todas las tabletas. Se trata únicamente de reconocer que la mesa familiar, preferentemente antigua, de madera maciza, es técnicamente muy superior a la tableta electrónica, y que tiene más porvenir que los grandes dispositivos del futuro.

Dstrucción tecnológica de la familia

Con las tabletas, ¿qué hubiera sido del famoso cuadro *Un rincón de la mesa* de Henri Fantin-Latour? En esa obra se observa una velada literaria en la que, entre otros, está Rimbaud, con la cabeza apoyada en la mano, el codo sobre la mesa, soñador (es su retrato más célebre), junto a Verlaine, con los dedos de su mano derecha unidos junto a un vaso de cristal, y al otro lado Ernest d’Hervilly, con la pipa suspendida en la mano y el libro entreabierto, todo alrededor de una jarra de vino, de una taza de té, de una naranja abierta y de un gran ramo de flores.¹⁶ ¿Qué habría sido de ellos ante una pantalla o alrededor de un *iPad* convertido en juego de mesa? ¿A qué escena habría dado lugar un *e-bar* o un *café-web*? Lo más probable es que cada uno de ellos se hubiera quedado en su casa — con más procesadores y menos poesía —, haciendo imposible que los representaran en el mismo cuadro; salvo que el mismo lienzo se hubiera convertido en *web* y se hubiera escindido en varias “ventanas”...

Tratándose de la familia, hemos intentado reflexionar acerca de cómo la sustitución de la mesa por las tabletas la sofoca desde su mismo comienzo. Este ensayo no tiene más finalidad que reajustar nuestra mirada y guardarnos tanto de acusaciones fáciles como de defensas imprudentes. Lo que deshace el tejido familiar en nuestros días, lo

¹⁵ Martin Heidegger, *Essays et conférences*, “La chose”, Gallimard, coll. “Tel”, p. 195.

¹⁶ Henri Fantin-Latour (1836-1904) fue un célebre pintor francés, discípulo de Courbet y amigo de Manet, aunque su pintura no puede ser considerada como impresionista. El cuadro al que se refiere Hadjadi, *Un coin de table*, fue presentado en 1872 y en actualidad se puede ver en el Museo de Orsay. Es un retrato colectivo en el que destacan Rimbaud y Verlaine entre otros poetas jóvenes del momento. [N. del T.].

que incluso, según Günther Anders, le impide tramarse, no es tanto un *militantismo ideológico* como un *estado de hecho tecnológico*. Sería ciego el que se contentara con oponer cierta inteligencia del sexo a una teoría del género, o con especular sobre los valores tradicionales en la bolsa de los valores franceses. La “crisis” es más radical de lo que queremos admitir (hasta el punto de que la palabra “crisis” puede parecer un eufemismo engañoso). Nos invita a “arriesgarnos a efectuar una reflexión extrema.”¹⁶ *Hoy día no carecemos de hábitos morales, sino de hábitos*. No sufrimos un déficit de ideas, sino de presencia. Ya no se trata de ser mejores, sino sencillamente de seguir siendo humanos.

Desde este punto de vista, los que se alistan tras el acrónimo, tecnicista y vacío, de los “LGBT” son víctimas lo mismo que nosotros, e incluso poseen cierta superioridad por presentar unos síntomas más definidos. El peligro no procede, en absoluto, de los “homos”, como se suele decir. Ha habido “homos” en las mejores familias (en el Vaticano, por ejemplo). Pero esos “homos” cultivaban su singularidad, no ponían en cuestión la familia natural, no luchaban por su propia normalización. Safo cantra las bodas de Héctor y Andrómaca. Y Proust, pese a quien pese, narra los amores de Marcel y de Albertine (no de Albert), intenta que una lesbiana vuelva a la heteronomía (no hace el elogio de su homosexualidad) y, por encima de todo, dirige su atención a algunas mesas, a la de los Verdurin, a la de los Guermantes y, más aún, a la mesa familiar de Combray o de París.¹⁷

¹⁶ Hans Jonas, *Le principe responsabilité: Une éthique pour la civilization technologique*, Flammarion, coll. “Champs essais”, 1979, Prefacio, p. 16.

¹⁷ En cuanto a las siglas “LGBT”, véase la nota “e” de la página 17. Safo de Lesbos (siglo VI a. C.) fue la poetisa griega que se ha convertido en el paradigma de la relación

¿Quién ha podido cambiar la situación hasta tal punto? ¿Por qué los rebeldes de ayer son los robots de hoy? ¿Por qué el invertido se ha convertido en un *gay*? ¿Por qué el católico se ha convertido en un *catho*? La respuesta es sencilla: Macintosh ya no es el nombre de un impermeable ni el de un clan escocés. Y cuando nos dicen PC, ni siquiera nos acordamos ya del Partido Comunista. Hemos caído en la *Net* (que, por otro lado, tampoco nos hace pensar en lo neto ni en la nitidez). Nos han *googleizado*. Lo virtual domina lo carnal, puesto que la forma de nuestros cuerpos se redistribuye según las tarjetas gráficas. Tomamos nuestras decisiones según “perfiles” y “preferencias”, olvidando el hambre que nos une, la familia que nos fundamenta. Ya no sabemos reunir a las generaciones alrededor de una comida. ¿Quién puede hoy heredar con alegría la vieja mesa de un bisabuelo? En lugar de eso, vamos a la tienda Apple a agenciarnos la última tableta con obsolescencia programada.

¹⁷ sexual entre dos mujeres, aunque no está nada claro que ésta fuera su situación personal, pues sólo se aduce como prueba un pronombre personal, quizás erróneamente transcrito o entendido, en su *Oda a Afrodita*. Todos los personajes y familias citadas a propósito de Marcel Proust aparecen en su monumental *En busca del tiempo perdido*. [N. del Tr.]